



«El dómine», «el pastor trashumante», «el emigrado» y «el guerrillero», de «Los españoles pintados por sí mismos» (1851).

# sobre caracterizaciones nacionales y regionales

JULIO CARO BAROJA

EN el siglo XIX estuvo de moda editar libros con artículos de varios autores, que pretendían dar idea del «carácter nacional» en conjunto, pero también de los caracteres de personajes que se consideraban más típicos y representativos de un país, de una nación, en la época. A los dos tomos de «Les français peints par lui mêmes», que aparecieron en París en tiempo de Luis Felipe, les sucedió, pronto, el de «Los españoles pintados por sí mismos», publicado en Madrid en 1843, si no recuerdo mal, que tuvo cierto éxito, aunque es extraordinariamente vario, y junto a artículos buenos los tiene bastante malos. Más tarde se dio un segundo golpe con «Las españolas pintadas por los españoles», colección que resulta más mediocre, por lo mismo que el hablar de mujeres siempre da pie a que los hombres vulgares digan muchas tonterías: y los colaboradores de aquella obra no eran genios que digamos.

Antes, en el siglo XVIII, estuvieron, en cambio, de moda las cartas de extranjeros fingidos, llegados de lejanas tierras al país observado; cartas en que pretendían pintar las costumbres e ideas de sus naturales sin los posibles prejuicios de éstos. El escribir semejantes cartas fue entretenimiento de filósofos, políticos y moralistas, con Montesquieu a la cabeza y con nuestro Cadalso en lugar honorable. Persas o marruecas, profundas, ingeniosas o banales, las cartas no dan el pego, como vulgarmente se dice. Eran francesas y muy francesas o españolas y muy españolas, etcétera, etcétera. Por fortuna para las letras —hay que añadir—, porque lo que un persa o un marroquí hubiera podido entender de la sociedad dieciochesca europea poco hubiera sido, según lo que dicta la experiencia: y aun si hubiera entendido algo, lo hubiera envuelto en soflamas y falsedades, como le ocurrió a aquel diplomático chino del siglo pasado, que, después de las primeras catástrofes imperiales frente a los blancos, fue enviado a Europa: parecía que se enteraba de todo, pero después escribió un relato lleno de cosas espeluznantes y nunca vistas acerca de los países visitados, con el más patriótico y aislacionista de los

propósitos, sin duda. ¿Pero a qué llamarnos a engaño? Su proceder lo han aplicado, con variantes, todos los hombres que, amando mucho a su propia tierra o patria, hablan o escriben sobre los enemigos tradicionales o accidentales de ella. Nada más difícil que la comprensión del vecino: nada más fácil que ser enemigo de él. Por eso sólo: por vecino. Pero, ¿qué decir de los que viven en tierras lejanas? Esos ya son monstruos, por su misma lejanía, o seres absurdos y disparatados, como Gog y Magog, o los habitantes de Africa según Plinio u otros autores antiguos. Los cartógrafos medievales que dibujaban muy bien los contornos del Mediterráneo, que conocían al dedillo, en cuanto tenían que habérselas con tierras lejanas, en sus portaplanos dibujaban no sólo ríos y montes descomunales, sino también seres monstruosos habitándolas. Lejanía espacial o lejanía temporal, lejanía religiosa o lejanía política, valen tanto como extravagancia y anomía, por lo menos. ¿Pero dónde está lo cercano? He aquí otra cuestión. En Navarra, en la zona de los valles nórdicos y medios, los naturales de los que quedan más a Septentrión llaman «kokoak», o «koko beltzak» a los de los que les lindan por el Sur. «Koko» es espantajo, bichejo, máscara terrorífica o fantasma, según los casos: para el navarro de aldea, el vecino del Sur tiene algo de todo esto. Bien; pero en otras partes de España se oye este dicho: «Del Ebro abajo, al carajo». Y cambiando algo de latitud, el río que da la rima exacta es el Tajo. Entre pueblo y pueblo, entre barrio y barrio, se establece una relación de «lejanía peyorativa» podríamos decir, en sin fin de dictados tópicos hispánicos. Parece que, según ellos, en todas partes la propia comunidad es la que da la norma de perfección, y ya detrás del monte vecino o bajo el campanario próximo, empieza el imperio del mal. Un vecino mío, de Vera, me decía hace muchos años: «No se fie usted de los de Lesaca: son como los franceses...». En la labor de caracterizar de mal modo al prójimo, el hombre antiguo era un virtuoso. Algo hemos heredado de él. Mi pueblo es el mejor, de la mejor región, de la mejor nación...

Dentro de la nación, la estimativa se tambalea. Fuera, las cosas se pueden complicar. Dentro, también. Cuando se trata de países lejanos al propio, la estimación, el juicio sociocéntrico, varía también según ciertos vaivenes de la política.

### II

Desde una época bastante remota, desde el Medievo, se registran textos en lengua castellana con juicios breves sobre países y sus pobladores: franceses, ingleses, etcétera. En el Renacimiento, el acto de enjuiciar llega a desenfrenos extraordinarios, pero también a la obtención de «clichés» o lugares comunes de uso permanente. Las naciones de Europa se caracterizan unas a otras. Españoles, franceses, italianos, ingleses, alemanes, turcos, etcétera, entran en danza. Mucho de lo que se dice y repite hoy en torno a caracteres nacionales, arranca de entonces, aunque a las notas dadas entonces se hayan ido añadiendo otras luego. La literatura castellana es —por ejemplo— de las más pródigas en caracterizaciones de los extranjeros. Pródiga también en caracterizaciones de peninsulares de distintas partes.

Generalmente ha sido desde Castilla desde donde se han hecho. El castellano se pinta bien a sí mismo. No pinta tan bien al vasco, al catalán, al andaluz o al gallego... Lo raro es que de la suma de todos sale, en fin, el español, producto casi perfecto. No se sabe bien cómo, pero sale.

Y frente a la suma de perfecciones españolas aparecerán los italianos primero, los franceses después, tras ellos los portugueses, dentro del mundo católico, como gentes no perfectas. Más lejos, en franco estado de imperfección, estarán los ingleses, los alemanes, los rusos... Nada se diga de los infieles: turcos, moros, judíos, y, por fin, negros e indios.

El sociocentrismo castellano ha creado expresiones tan peregrinas como la de «en toda tierra de garbanzos» o «en toda tierra que garbanzos cría», para expresar la validez de algo que dicta el puro sentido común: pero el vincular el sentido común al área geográfica del cultivo del garbanzo no parece que casa con las reglas de una buena lógica; como tampoco casa el creer que «hablar en cristiano» es hablar exclusivamente en sonoro castellano de Valladolid o Palencia.

Lo que idearon los que hablaban en cristiano y cultivaban garbanzos sobre sus vecinos —repieto—, no era muy bueno en verdad. Los vascos o vizcaínos eran burros por antonomasia, además de coléricos, borrachos, cortos de expresión, aunque honrados y fieles. Los andaluces, faroleros, mentirosos y narcisistas. Los gallegos, tan despreciados, que corrió el brutal refrán de «Antes puto que gallego». Los catalanes, violentos, vengativos, traicioneros. Los valencianos y murcianos ocupan también mal lugar en el concierto hispano. No invento nada. Véase el libro de don Miguel Herrero García sobre las ideas de los españoles del siglo XVIII y se hallará un repertorio estupendo de insolentes y estereotipadas caracterizaciones regionales y nacionales.

No chocará que al tratar de extranjeros, el juicio aún fuera peor. Los italianos son tenidos por paganizantes, supersticiosos y afeminados; los franceses son inseguros, rapaces, capaces de aliar-

se con infieles por odio a España; los ingleses, hermosos, pero con cabezas locas o perversas; los alemanes, bonachos y brutales... Dejemos a un lado a los turcos, a los moros de Africa y a los judíos. El mundo está compuesto, pues, de gentes más bien malas: enemigos del bueno por excelencia: el español típico, quintaesenciado y sostenedor del Trono y el Altar, del que el ejemplar perfecto se da en Castilla. Sobre esta base se funda la idea de Unidad. ¡Qué cosa más vieja y más moderna a la par! ¡Qué pobre y qué peligrosa! Porque, no nos hagamos ilusiones y averigüemos por ahí qué se opina hoy de franceses, italianos, ingleses, etcétera. También de vascos, catalanes, gallegos o andaluces. Las que corren son imágenes como de viejo grabado en madera, tosco e infantil. Pero hay que convenir que la imagen que se tiene de los españoles por esos mundos no cabe duda de que también es tosca y atarugada. Acaso más tosca y atarugada de 1936 en adelante que en los primeros años de este siglo, en que se nos concedió un margen de crédito. Lo malo es que hay personas empeñadas en decir que aquella imagen es la real, como de aleluya... y «a mucha honra». Lo malo también es que los universitarios, profesores e intelectuales de cierto tipo, sobre estas estampas como de «Epinal» o de viejo taller dieciochesco, pretenden elaborar una especie de ciencia, una pseudociencia que se llama «psicología de los pueblos» o «Völkerpsychologia». Hoy habrá quien lea las páginas que dedica Kant en su «Antropología» a la «característica antropológica» con una sonrisa en los labios. Tan cándidas parecen las pinturas del solitario de Koenigsberg.

Pero nuestros padres y abuelos tuvieron que vérselas con las caracterizaciones que daba como buenas A. Fonillée en su conocido «Esquisse...», con las afirmaciones categóricas de Ganiwet, más tarde con las de Madariaga, y al fin nosotros nos encontramos con el estudio del «national character» como una de las grandes conquistas de la Autropología americana, y hay sabios por esos mundos que afirman que eso de estudiar comunidades como las de los bearneses, vascos, andaluces o gitanos, es una necedad, que lo que hay que estudiar es el carácter nacional.

Lo malo, también, y este es el tercer mal, es que las caracterizaciones de españoles, ingleses, franceses, italianos, siguen siendo de un esquematismo asustante, aunque en el juego actual entran las filias y las fobias, que tanto desarrollo tuvieron en las dos guerras mundiales de este siglo y que dividieron a los pueblos del mundo de una forma y a los españoles en aliadófilos, francófilos sobre todo, y germanófilos.

Algo recuerda de la propaganda de unos y otros durante la guerra del 14. Algo también de las reacciones populares o popularizadas.

La imagen de los franceses en medios de extrema derecha era disparatada, como también lo era la de los alemanes. En la izquierda, la imagen del alemán se tomaba de modelos franceses. Los ingleses quedaban un poco al margen; también otros pueblos de los dos bandos. No cabe duda de que el anticlericalismo de los Gobiernos franceses de comienzos de siglo tenía espantadas a las derechas, y fue una de las causas, no la única, de

## sobre caracterizaciones nacionales y regionales

la galofobia. Por otro lado, el Kaiser era admirado, y el Ejército alemán también: desde la guerra del 70. Ignoraba, o fingía ignorar, la gente pía todo lo que había significado la «kultur kampf», y el orden, el rigor, la disciplina por antonomasia eran cosa alemana. La capacidad técnica también.

Las izquierdas, por su parte, defendían la causa de la civilización francesa con ardor y se hacían eco de todas las especulaciones que se publicaban acerca de la barbarie germánica firmadas por grandes profesores y letrados (Bergson, Durkheim, Bédier), que empezaban su requisitoria en tiempo de los romanos. El francés era vicioso, ateo, corrompido por una civilización decadente (versión de derechas). El alemán era un bárbaro de instintos feroces con cierta capacidad técnica, pero orgulloso, despótico, racista (versión de izquierdas). Lo que se decía allá por los años de 1914-1918 se volvió a decir entre 1936 y 1945: a veces la caricatura se veía que encerraba un poco de verdad, como siempre. Pero lo terrible del ejemplo es que, unido a otros del pasado, viene a demostrar que las caracterizaciones más usuales y popularizadas se crean en los momentos de mayor odio y tensión entre las naciones: no en épocas de paz y relativa armonía. ¿Y cómo un hombre que está en guerra no va a odiar?

Si los españoles enjuician y han sido enjuiciados en circunstancias tales y se han fabricado clichés como los que circulaban en 1914, hay que pensar que lo mejor sería destruir o, por lo menos, no usar tales clichés —¿pero cómo?—. Aún si va un pobre español a Flandes le hablan del duque de Alba con retintín; en Italia, de otros personajes antipáticos; en México, de Cortés; en el Perú ahora empiezan a hablar mucho y mal de Pizarro; en Portugal sacan hasta Aljubarrota o al Manuelinho. Los judíos, los protestantes, etcétera, ecétera, le cargan a uno en cuenta una serie de tropelías que sufrieron sus antepasados: no ellos, claro es. Y así, en cierto trance en que —por ejemplo— un peruano me hablaba de los extremeños en tono de reproche, tuve que decirle al fin: «Acepto el tanto de culpa que me toque por los desmanes de Lope de Aguirre, porque, incluso en un grado llevo el apellido del tirano: Si quiere usted, acepto también la responsabilidad que, como descendiente de italianos, me pueda tocar por el incendio de Roma que llevó adelante Nerón, para cantar al son de la lira la destrucción de Troya; pero como, que yo sepa, no tengo ningún antepasado extremeño, no me cargue usted en cuenta lo que hicieron Pizarro, sus hermanos, el "demo-

nio de los Andes" y otros hombres tremendos. No: aunque en España también los consideren dioses algunos amigos míos. Cedo la parte de divinización y la inclusión en los infiernos, a quien tenga mayor derecho a participar de ellas».

Miseria: para miseria mental. Aquí seguimos depotricando de los franceses por el 2 de mayo, y de los ingleses por Trafalgar y la Invencible.

De otros pueblos no nos acordamos mucho, pero lo que se dice de los italianos es, a veces, parecido a lo que se decía en tiempo de don Luis de Góngora, y lo cómico es que en la Italia renacentista algunos patriotas italianos atribuían la generalización de ciertos vicios de los que Góngora y otros creían muy frecuentes en Italia... a influencia de los españoles. Recogió éstos Benedetto Croce en un estudio memorable, y al reseñarlo don Marcelino Menéndez y Pelayo en «La España moderna», se hacía cruces ante la suposición.

Pero, en suma, tal clase de suposiciones se hace una y otra vez con arreglo a unos modelos que arrancan de tiempos antiquísimos, y son uno de los elementos más negativos y perniciosos de toda cultura popular o popularizada. No se creará hoy que los judíos tienen rabo, ni que los cristianos adoraban una cabeza de asno, ni que los moros adoran al «Zancanón», pero se seguirá diciendo que los franceses son así, los españoles de este otro modo en bloque, etcétera, etcétera. Y se chantajeará a los individuos sobre la base de algunas caracterizaciones. Porque también las que se hacen para uso interno son terribles. «El buen español» es, no puede ser más que de una forma. Y quien dice el «buen español», dice el «buen francés», o el «buen vasco», o el «buen catalán». «No se concibe ser español y no ser católico», creo que ha dicho un autor con éxito recientemente. Bien: que repase la «Historia de los heterodoxos», de don Marcelino, y verá que allí se habla de una porción de españoles que tuvieron bastante importancia, pese a que don Marcelino mismo quería demostrar que no la tuvieron. Y con la lectura no haría más que empezar a entrar en un mundo tremendamente dramático, pero honradamente español también. El arte de la fotografía ha progresado mucho en los últimos tiempos: los clichés antiguos se siguen usando a pesar de ello, y los grabados en madera que debían recoger los museos (y que no recogen, por cierto) siguen hiriendo la retina de las gentes con sus representaciones toscas de los buenos y los malos, de santos y diablos, repartidos por el mundo, como en tiempos del Preste Juan. ■ J. C. B.